



▣  
MARY BEARD

TIEMPO DE HISTORIA

# Pompeya

HISTORIA Y LEYENDA  
DE UNA CIUDAD ROMANA



CRÍTICA

Mary Beard

# Pompeya

Historia y leyenda de una ciudad romana



Traducción castellana de  
Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición en tapa dura: mayo de 2009  
Primera edición en rústica: octubre de 2012

*Pompeya*  
Mary Beard

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Pompeii. The Life of a Roman Town*

© 2008, Mary Beard  
© 2009, de la traducción, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda

© Editorial Planeta S. A., 2014  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-690-3  
Depósito legal: B. 2197 - 2014  
2014. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

# 1

## La vida en una ciudad vetusta

### ATISBOS DEL PASADO

En una silenciosa y poco transitada calle de Pompeya, no lejos de las murallas de la zona norte y a pocos minutos a pie de la Puerta de Herculano, hay una casa pequeña y poco vistosa llamada en la actualidad Casa de la Columna Etrusca. Insignificante por fuera y lejos del bullicio tanto en el mundo antiguo como hoy día, oculta en su interior, como indica su nombre moderno, una enigmática curiosidad. Pues empotrada en la pared entre dos de sus estancias principales hay una columna antigua, cuya apariencia recuerda la arquitectura de los etruscos, uno de los principales pueblos de Italia durante los siglos VI y V a. C., antes de la ascensión de Roma, cuya influencia y asentamientos se extendían muy lejos de su tierra natal, en el centro-norte de la Península, y llegaban hasta las inmediaciones de Pompeya. La columna data casi con toda seguridad del siglo VI a. C., y pertenece a una época muy anterior a la construcción de la casa.

Las cuidadosas excavaciones llevadas a cabo bajo la vivienda han logrado arrojar alguna luz sobre este enigma. Resulta que la columna se encuentra en su posición original y que la casa fue construida a su alrededor. Aunque formaba parte de un santuario religioso del siglo VI a. C., no era un elemento de soporte del edificio, sino que estaba exenta, posiblemente cerca de un altar y en otro tiempo sostenía una estatua (disposición conocida en otros lugares de culto primitivos de Italia). Apareció a su alrededor cerámica griega del siglo VI, presumiblemente correspondía a ofrendas y dedicaciones, lo mismo que



FIGURA 12. La Casa del Fauno era una de las más imponentes de Pompeya, y en el siglo I d. C. también una de las más anticuadas de la ciudad, aunque actualmente se encuentre en un lamentable estado ruinoso. En esta fotografía podemos contemplar el atrio principal, con la estatuilla del sátiro (o fauno) danzante, visto desde la puerta de entrada. Al fondo había dos grandes peristilos o jardines y el famoso Mosaico de Alejandro (fig. 13).

muestras (en forma de polen y semillas) de un número significativo de hayas. No es probable que se tratara de un bosque natural, pues, según se ha dicho, las hayas no crecen de manera espontánea en los terrenos bajos del sur de Italia. Se especula, por tanto, que este venerable y vetusto santuario estuvo rodeado originalmente por otro elemento característico de la primitiva religión itálica: un bosque sagrado, plantado aquí especialmente de hayas. Y a modo de confirmación (aunque ésta sea bastante endeble, en mi opinión) se nos pide que lo comparemos con un santuario igualmente antiguo del dios Júpiter en Roma, situado en su propio bosque sagrado de hayas: el «Fagutal», como lo llamaban, nombre derivado del término *fagus*, que significa haya.

Al margen de cómo imaginemos que se situaba la columna en su emplazamiento original, rodeada de hayas, muchas o pocas, de un bosque espontáneo o artificial, las líneas principales de su historia están bastante claras. Cuando el primitivo santuario fue ocupado finalmente por una vivienda, probablemente en el siglo III a. C., la columna se conservó intacta dentro de la estructura posterior, por respeto —nos atreveríamos a conjeturar— a su antiguo significado religioso. Siglos más tarde, en 79 d. C., seguía siendo visible en la casa que se había levantado en el solar: no sabemos si incluso por entonces conservaba algún resto de santidad especial o si simplemente se había convertido en un elemento que resultaba interesante para los propietarios de una vivienda por lo demás mediocre.

La pequeña historia de esta columna viene a recordarnos algo mucho más importante, a saber que, cuando finalmente fue destruida, Pompeya era una ciudad vetusta, como podía comprobarse visiblemente. Aunque a ojos de la mayoría de sus visitantes modernos las ruinas puedan parecer homogéneamente romanas, sin diferencias perceptibles de época o estilo, en realidad no son así ni mucho menos. Para empezar, como veremos muy pronto, en 79 d. C. hacía menos de doscientos años que Pompeya era estrictamente hablando una ciudad «romana». Pero también, como la mayoría de las ciudades, antiguas y modernas, era a veces una confusa amalgama de edificios totalmente nuevos, veneradas reliquias y restauraciones artificiales, aunque estaba asimismo llena de construcciones curiosamente pasadas de moda, que iban desmoronándose en silencio. Es indudable que sus habitantes habrían sido conscientes de todas esas diferencias y de la mezcla de elementos nuevos y viejos que formaban su ciudad.

El ejemplo más extraordinario de «pieza de museo» es una de las casas pompeyanas más famosas y más visitadas en la actualidad: la Casa del Fauno. Se trata de una mansión enorme, la más grande de la ciudad, y con sus aproximadamente tres mil metros cuadrados podemos decir que tiene unas dimensiones verdaderamente regias (sus proporciones se acercan, por ejemplo, a las de los palacios de los reyes de Macedonia en Pella, al norte de Grecia). Ahora es conocida no

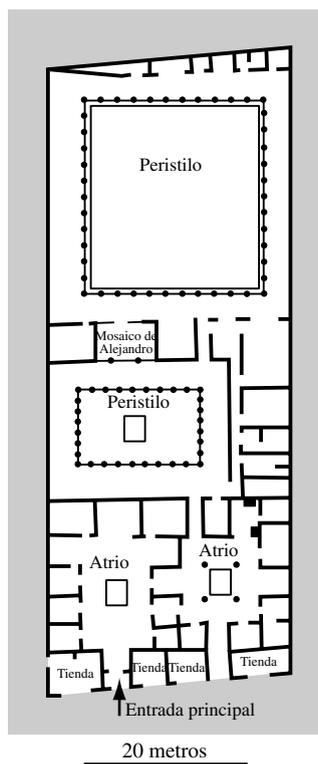


FIGURA 13. El mosaico antiguo más complejo que se haya descubierto nunca, el llamado Mosaico de Alejandro, cubría el pavimento de una de las principales salas de recepción de la Casa del Fauno. Esta reproducción muestra el dibujo completo. Alejandro Magno (a la izquierda) combate con Darío, rey de Persia. Como ponen de manifiesto sus caballos (que ya han dado la vuelta), Darío está a punto de emprender la huida al ver la matanza provocada por el joven macedonio. Pueden apreciarse todo tipo de toques de virtuosismo artístico, como por ejemplo el caballo que ocupa el centro de la escena, visto por detrás. (Véase asimismo lámina 15.)

sólo por la estatuilla de bronce del «fauno» danzante, sino también por su asombrosa serie de pavimentos de mosaicos multicolores. Destaca entre ellos el llamado «Mosaico de Alejandro» (fig. 13), una de las piezas estrella del Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, laboriosamente confeccionado con un número incontable de piedrecitas o *tesserae*: los cálculos que se han hecho oscilan entre un millón y medio y cinco millones de piezas, sin que nadie haya tenido nunca la paciencia de contarlas una por una. Cuando fue excavado allá por la década de 1830, sus dimensiones épicas y su confusa mezclanza de combatientes suscitaron la ingeniosa idea de que representaba una escena de batalla de la *Iliada* de Homero. Ahora estamos convencidos de que muestra la derrota de Darío, rey de Persia (al que vemos en su carro, a la derecha; véase lámina 15) a manos del joven Alejandro Magno (montado a caballo, a la izquierda). Quizá sea, como alguien ha supuesto, una copia virtuosista en mosaico de una obra maestra perdida de la pintura, o quizá una creación original.

Entre los visitantes modernos que se maravillan ante sus dimensiones y admiran sus exquisitos mosaicos (en el Museo de Nápoles hay

PLANO 2. La Casa del Fauno. Aunque de enormes dimensiones (ocupaba una manzana entera), la Casa del Fauno sigue mostrando muchos rasgos característicos de las casas pompeyanas más corrientes. La zona que daba a la calle, por ejemplo, estaba ocupada por diversas tiendas. En esta versión de la estructura habitual de una casa romana el visitante pasa por una entrada bastante estrecha antes de llegar al primero de los dos atrios existentes. Al fondo pueden verse dos peristilos o jardines porticados.



otros nueve ejemplares magníficos), son pocos los que se percatan de lo anticuada que debía de resultar la Casa del Fauno en la época de la erupción. La mansión adquirió su forma definitiva a finales del siglo II a. C., cuando fueron instalados los mosaicos y muchas de sus paredes fueron gloriosamente pintadas en el estilo típico de la época, y permanecieron más o menos igual durante los doscientos años siguientes. Se ejecutaron nuevas pinturas y restauraciones para que encajaran minuciosamente con el conjunto. No sabemos quiénes eran los ricos propietarios de esta mansión (aunque una interesante tesis dice que pertenecía a una familia de rancio abolengo de la localidad, los Satrios, en cuyo caso el fauno o «sátiro» de bronce sería un juego de palabras visual basado en su apellido). Y menos aún sabemos qué fue lo que los animó (o los obligó) a mantenerla sin cambios durante casi dos siglos. Lo que *está claro* es que visitar la Casa del Fauno en el año



FIGURA 14. Fragmento de una serie de relieves de terracota (60 centímetros de altura), que fue reutilizado en la tapia del jardín de la Casa del Brazalete de Oro; originalmente debió de decorar algún edificio sagrado, posiblemente el Templo de Apolo en el Foro. En este panel, aparece a la derecha la diosa Diana (la griega Ártemis) y a la izquierda una imagen de la Victoria.

79 d. C. no habría sido una experiencia muy distinta de la que podemos tener nosotros actualmente cuando visitamos una mansión histórica o una antigua casa solariega. Al cruzar sus umbrales —pisando otro mosaico, esta vez uno que lleva escrita la palabra latina *HAVE*, «Saludos» (aunque el juego de palabras absolutamente involuntario acerca de la posesión de bienes que pueda tener a ojos de un inglés no está del todo fuera de lugar, tratándose de una mansión tan imponente)— se vería uno inmerso por completo en el siglo II a. C.

La Casa del Fauno es un caso extremo. Pero por toda la ciudad lo viejo estaba mezclado con lo nuevo. Estilos de decoración de interiores claramente anticuados, por ejemplo, eran mantenidos cuidadosamente o abandonados para que fueran desconchándose, junto a los últimos modelos en materia de decoración. El reloj de sol que había

en la palestra de una de las principales termas, que permitía saber qué hora era a los hombres atareados que acudían a bañarse o a hacer ejercicio en sus instalaciones, tenía no sólo doscientos años de antigüedad en el momento de la erupción, sino que además llevaba una inscripción conmemorativa escrita en la primitiva lengua prerromana de la región, el osco. En 79 a. C. probablemente sólo unos pocos pompeyanos pudieran descifrarla y entender que lo había pagado el ayuntamiento, utilizando el dinero obtenido de las multas.

Podemos vislumbrar también otras historias de conservación y reutilización de elementos antiguos capaces de rivalizar con la de la columna etrusca. Un reciente hallazgo ha revelado el destino final de una serie de esculturas de terracota que (a juzgar por el tema que tratan y por su forma) debieron de haber adornado otrora algún templo de la propia Pompeya o de la zona rural circundante, posiblemente incluso el templo del dios Apolo en el Foro (fig. 14). Elaboradas en algún momento del siglo II a. C. y retiradas quizá tras el terremoto de 62 d. C., acabaron empotradas en la tapia del jardín de una opulenta casa de varios pisos (la Casa del Brazalete de Oro), con vistas al mar —y dicho sea de paso, las vistas en cuestión tuvieron que ser imponentes—, en el extremo occidental de la ciudad. Constituyen acaso una muestra singular de reaprovechamiento arquitectónico, aunque suponen un eco lejano de la santidad religiosa de su emplazamiento original.

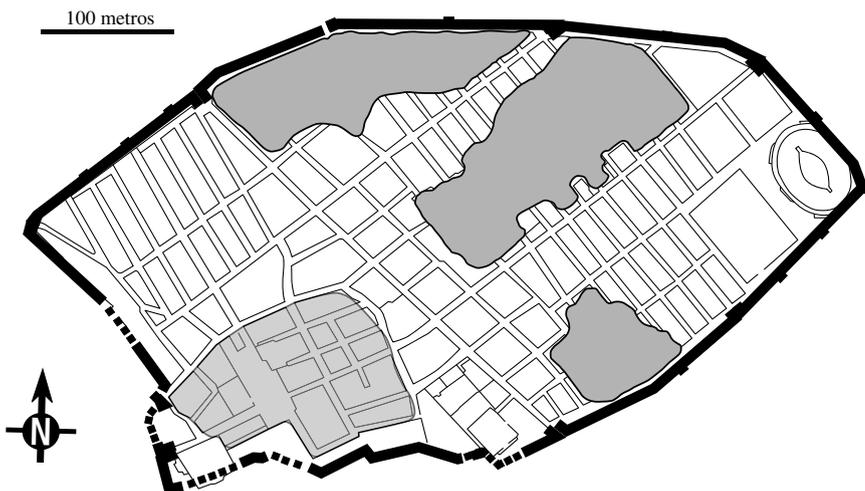
## ANTES DE ROMA

Pompeya era una ciudad más antigua incluso de lo que sus restos visibles permiten suponer. En 79 d. C. no había en uso edificios —públicos o privados— anteriores al siglo III a. C. Pero por lo menos dos de los principales templos de la ciudad, aunque restaurados, reconstruidos y actualizados una y otra vez, tenían una historia que se remontaba al siglo VI. Uno de ellos era el Templo de Apolo en el Foro, y otro el vecino Templo de Minerva y Hércules. Parece que este último estaba en ruinas en el momento de la erupción y probablemente hubiera sido abandonado definitivamente, pero las exca-

vaciones han sacado a la luz parte de la decoración escultórica de sus primeras fases, cerámica del siglo VI a. C. y centenares de ofrendas, muchas de ellas pequeñas figuritas de terracota, algunas claramente representaciones de la propia diosa Minerva (la griega Atenea). Además, como demuestran las exploraciones llevadas a cabo alrededor de la columna etrusca, las excavaciones efectuadas debajo de las estructuras conservadas en otros rincones de la ciudad pueden aportar también testimonios de una ocupación del sitio en época muy anterior.

Una de las industrias más prósperas de la moderna arqueología de Pompeya es de hecho el relato de la primitiva historia de la ciudad. La pregunta más de moda entre los especialistas ha dejado de ser «¿Cómo era Pompeya en 79 a. C.?» y se ha convertido en «¿Cuándo se originó la ciudad y cómo se desarrolló?». Esta moda ha desencadenado toda una serie de excavaciones muy por debajo de la superficie del siglo I d. C. con el fin de descubrir qué había antes de las estructuras que aún podemos ver. Se trata de un proceso que entraña una gran dificultad, entre otras cosas porque prácticamente a nadie le gusta destruir los restos conservados para buscar qué era lo que habían venido a sustituir. Por lo tanto, la mayor parte del trabajado realizado ha sido «arqueología por el ojo de la cerradura», con excavaciones sólo en áreas muy pequeñas, en las que los trabajos pueden llevarse a cabo con un perjuicio mínimo para lo que está encima (y para la atracción de los visitantes de Pompeya). La mayoría de los turistas, reconozcámoslo, vamos a ver las impresionantes ruinas de la ciudad sepultada por el Vesubio, no los pálidos restos de un poblado arcaico.

El reto está en encajar ese puñado de evidencias aisladas unas con otras y relacionarlas con los retazos de historia del desarrollo urbano que nos ofrece la planta de la ciudad. Pues hace ya bastante tiempo que se ha reconocido que el patrón del callejero, con zonas distintas que tienen «manzanas» de forma distinta y trazados también ligeramente distintos, refleja de algún modo casi con toda seguridad la historia del desarrollo de la ciudad (plano 3). El otro factor clave es que el circuito de las murallas, según su actual trazado, data del siglo



PLANO 3. Desarrollo del plano de la ciudad. La cronología del crecimiento de la ciudad resulta aparentemente visible en el entramado de sus calles. Las calles de la «Ciudad Vieja», en la parte inferior izquierda (sombreada), tienen un trazado irregular. El resto de las calles muestra trazados distintos.

VI a. C., lo que significa que, por sorprendente que pueda parecer, las dimensiones del asentamiento fueron establecidas en último término ya en ese período tan temprano.

Dada la dificultad de los testimonios, reina un consenso curiosamente insólito respecto a las líneas generales de la historia que nos revelan. La mayoría de los estudiosos admite que, como sugiere la planta de la ciudad, el núcleo original del asentamiento se encontraba en el extremo suroeste, donde el trazado irregular de las calles nos habla de la existencia de algo que los arqueólogos han denominado con una expresión harto grandilocuente la «Ciudad Vieja». Pero, aparte de eso, el número de hallazgos de época temprana en toda la ciudad, tanto si nos referimos a la cerámica como si pensamos en el testimonio de las edificaciones, pone de manifiesto cada vez con más claridad que Pompeya era ya una comunidad relativamente extensa dentro de su recinto amurallado en el siglo VI a. C. En realidad no hay prácticamente en toda la ciudad ningún sitio en el que las excavaciones por debajo de las estructuras existentes no hayan producido

algún rastro de materiales del siglo VI, aunque sea en fragmentos diminutos y a veces fruto de una búsqueda llevada a cabo con un celo especial (como demuestra el caso de Amedeo Maiuri, el «Gran Superviviente», que dirigió las excavaciones desde 1924, en pleno período fascista, durante la segunda guerra mundial, e incluso después hasta 1961, y que solía dar a sus trabajadores una bonificación si encontraban cerámica de época primitiva en el lugar que él esperaba, táctica arqueológica que suele dar sus frutos). También está claro que se produce una espectacular disminución de los hallazgos correspondientes a todo el siglo V, con un incremento gradual a lo largo del siglo IV hasta el siglo III, que marca el comienzo reconocible del desarrollo urbano tal como ahora lo vemos.

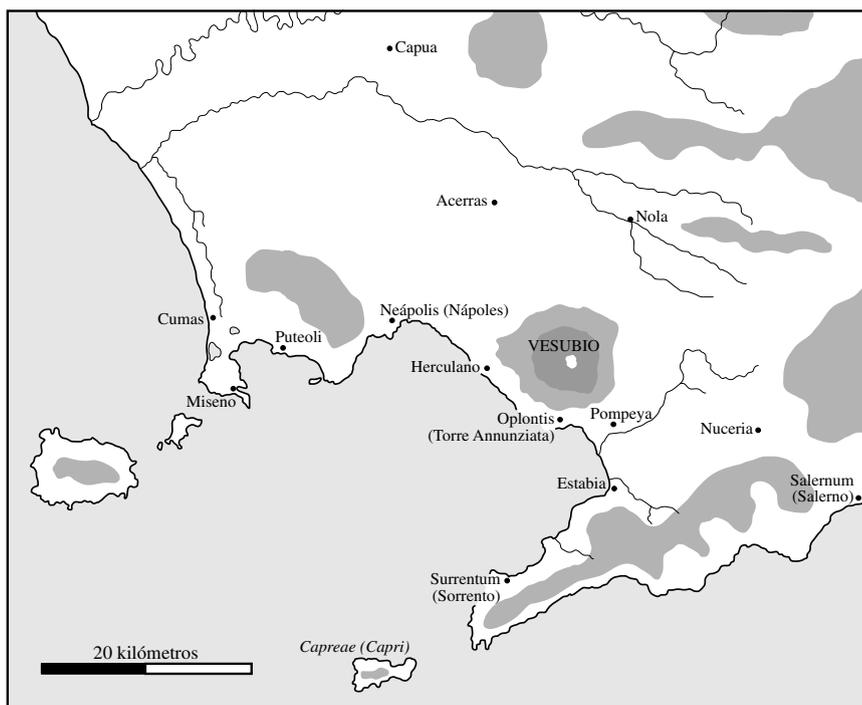
Mucho menor es el consenso en torno a la cuestión de cuán antiguo es exactamente el núcleo original y de si los hallazgos ocasionales en la ciudad y sus alrededores de materiales correspondientes a los siglos VII, VIII e incluso IX a. C. representan la existencia de una comunidad establecida como tal. Además existen claras diferencias de opinión respecto a cómo era utilizada en el siglo VI a. C. la zona incluida dentro del recinto amurallado. Una teoría sostiene que en su mayoría estaba constituida por tierras de labor cercadas, y que los hallazgos proceden de edificios agrícolas aislados, granjas o santuarios rurales. No es totalmente inadmisibles, excepto por la cantidad excesivamente grande de «santuarios» que parece generar esta tesis (algunos de ellos centros de carácter religioso mucho menos evidente que la «Columna Etrusca»).

Una teoría opuesta ha planteado en fechas más recientes un marco urbano mucho más desarrollado, incluso en esa fecha temprana. El principal argumento de dicha tesis sostiene que, por lo que podemos colegir de los escasos rastros disponibles en estos momentos, todas las estructuras antiguas situadas fuera de la «Ciudad Vieja» fueron construidas siguiendo el trazado de las calles desarrollado posteriormente. Ello no significa que la Pompeya del siglo VI fuera una ciudad densamente poblada en el sentido que ahora damos a este concepto. En realidad, incluso en 79 a. C. había muchísimos descampados y terrenos cultivados dentro del recinto amurallado.

Pero ello no significa que el entramado de calles no estuviera ya definido, al menos de forma rudimentaria. Según esta interpretación, Pompeya era ya en ese momento una ciudad «a la espera de que se produjese el acontecimiento», aunque el «acontecimiento» en cuestión tardaría tres interminables siglos en producirse.

Igualmente controvertida es la cuestión de quiénes fueron esos primeros pompeyanos. No son sólo las últimas fases de la ciudad las que tienen un tinte decididamente multicultural, con su arte griego, sus normas alimenticias judías, sus cachivaches indios, su religión egipcia, etcétera, etcétera. Incluso en el siglo VI a. C. Pompeya se encontraba en el corazón de una región —llamada entonces, como ahora, Campania— en la que, mucho antes de que llegaran a dominarla los romanos, la población indígena cuya lengua madre era el osco vivía codo con codo con los colonos griegos. Desde el siglo VIII a. C. había, por ejemplo, una importante ciudad griega en Cumas, a cincuenta kilómetros de distancia, al otro lado del golfo de Nápoles. También los etruscos constituían una presencia significativa. Se habían establecido en la región desde mediados del siglo VII, y durante ciento cincuenta años más o menos rivalizaron con las comunidades griegas por el control de la zona. Cuál de estos grupos fue la fuerza motriz que se oculta tras el primitivo desarrollo de Pompeya sigue siendo materia de conjetura, y la arqueología no proporciona ninguna respuesta clara: un fragmento de vaso etrusco, por ejemplo, pone de manifiesto casi con toda seguridad la existencia de contactos entre los habitantes de la ciudad y las comunidades etruscas de la región, pero no demuestra (a pesar de las alegres afirmaciones en sentido contrario) que Pompeya fuera una ciudad etrusca.

Es más, parece que los autores antiguos no tenían mucha más seguridad que nosotros respecto a cómo desentrañar el misterio de la primitiva historia de la ciudad. Algunos se basaban en etimologías inventadas, hacían derivar el nombre «Pompeya» de la «procesión triunfal» (*pompa*) de Hércules, que supuestamente pasó por allí tras la victoria alcanzada en Hispania sobre el monstruoso Gerión, o de la palabra osca que significa cinco (*pumpe*), y deducían de ese modo que la ciudad se había formado a partir de cinco aldeas.



PLANO 4. Los alrededores de Pompeya.

De manera más comedida, el griego Estrabón, autor del siglo I a. C. que escribió un tratado de *Geografía* en varios volúmenes, nos proporciona una lista de los habitantes de la ciudad. A primera vista encaja de manera muy tranquilizadora con algunas de nuestras teorías: «Los oscos tenían bajo su dominio a ... Pompeya, después pasó a los tirrenos [i. e. los etruscos] y a los pelasgos [i. e. los griegos]». Pero sencillamente no podemos tener la certeza de si Estrabón disponía de buena información cronológica, como algunos estudiosos modernos especialmente optimistas conjeturan, o si, a falta de mayor seguridad, en realidad estaba especulando, como yo me inclino a creer.

Estrabón, sin embargo, no se detenía en los pelasgos. «Posteriormente», añade, «[pasó] a los samnitas. Pero también éstos fueron expulsados del lugar». Se refiere aquí el geógrafo griego al período comprendido entre los siglos V y III a. C., cuando Pompeya empezó a

adquirir la forma que conocemos. Esos samnitas eran otro pueblo de lengua osca, una serie de tribus originarias del corazón de Italia, que, según los estereotipos romanos de época posterior, son presentados —quizá no del todo injustamente— como una raza tosca de guerreros montañeses, severos y frugales. En la geopolítica cambiante de la Italia prerromana, los samnitas invadieron Campania y lograron hacerse con el control de la región, infligiendo en Cumas una derrota definitiva a los griegos en 420 a. C., sólo cincuenta años después de que estos últimos lograran quitar de en medio a los etruscos.

Tal vez sea esta serie de conflictos lo que explique el aparente cambio experimentado por la suerte de Pompeya en el siglo V. Efectivamente, en vista de la ausencia más o menos total de hallazgos in situ correspondientes a este período, algunos arqueólogos han llegado a la conclusión de que la ciudad fue abandonada durante algún tiempo. Pero sólo durante algún tiempo. En el siglo IV a. C., Pompeya formaba parte —aunque los testimonios firmes en este sentido, aparte del propio Estrabón, son prácticamente nulos— de la que ahora se denomina con una expresión bastante grandilocuente la «Confederación Samnita». Al menos, dada la posición clave que ocupaba junto a la costa y en la desembocadura del Sarno (cuyo curso en la Antigüedad no conocemos mucho mejor que la línea de costa), hacía las veces de puerto para las poblaciones situadas río arriba. Como señala Estrabón, refiriéndose a otra derivación del nombre de la ciudad, Pompeya se hallaba situada cerca de un río que servía para «recibir las mercancías y *expedir*las» (en griego *ekpempain*).

¿«Pero también fueron expulsados del lugar» los samnitas? Estrabón no tenía por qué explicar quién se ocultaba detrás de esa expulsión, pues aquella época corresponde a la expansión de Roma por toda Italia y a su transformación de pequeña ciudad de la Italia central que sólo controlaba a sus vecinos más inmediatos en potencia dominante de toda la península y cada vez en mayor grado del Mediterráneo en general. Durante la segunda mitad del siglo IV a. C. Campania fue sólo uno de los teatros de operaciones de las diversas guerras sostenidas por Roma contra los samnitas. Pompeya tuvo su pequeño papel estelar en ellas, cuando en 310 a. C. llegó hasta allí

una flota romana y desembarcaron sus tropas, que pasaron a asolar y saquear las zonas rurales del valle del Sarno.

En estas guerras se vieron implicadas muchas de las antiguas bases de poder de Italia; no sólo Roma y las diversas tribus samnitas, sino también los griegos, concentrados por entonces en Nápoles (Neápolis) y, al norte, los etruscos y los galos. Y para Roma no fueron ningún paseo militar. El ejército romano sufrió ante los samnitas en 321 a. C. una de las derrotas más humillantes de su historia, en un paso montañoso llamado las «Horcas Caudinas». Incluso los pompeyanos sostuvieron una dura lucha contra los saqueadores de la flota romana. Según el historiador Tito Livio, cuando los soldados cargados con el botín habían llegado ya casi al lugar en el que se encontraban sus naves, la población local cargó contra ellos, les quitó el fruto de sus pillajes y mató a unos cuantos. Una pequeña victoria de Pompeya frente a Roma.

Pero —como ocurriría siempre— acabaron ganando los romanos. A comienzos del siglo III a. C., Pompeya y sus vecinos de Campania se habían convertido, de buen grado o por la fuerza, en aliados de Roma. Estos aliados mantenían una independencia más o menos completa por lo que respecta a su gobierno local. No se produjo ningún intento concertado de imponerles instituciones de corte romano, ni se les exigió el uso del latín, en vez de su lengua itálica nativa. La principal lengua de Pompeya siguió siendo el osco, como lo había sido con los samnitas. Pero sus habitantes estaban obligados a suministrar mano de obra a los ejércitos romanos y a acatar las decisiones de Roma en materia de guerra, paz, alianzas, y todo lo relativo a lo que anacrónicamente podríamos llamar «política exterior».

En muchos sentidos Pompeya salió bastante beneficiada de esta situación de dependencia. Desde finales del siglo III la población de la ciudad aumentó de manera espectacular, o al menos esa conclusión podemos extraer de la tremenda expansión del número de viviendas. Y en el II se erigió toda una serie de nuevos edificios públicos (termas, un gimnasio, templos, un teatro, tribunales de justicia, etc.), mientras que la Casa del Fauno es sólo la mayor de las numerosas grandes mansiones particulares que durante este período dejaron su

impronta permanente en el paisaje urbano. Fue entonces cuando Pompeya, por primera vez, empezó a parecerse a lo que llamaríamos una «ciudad». ¿Pero por qué?

Una respuesta podría ser la invasión de Italia por Aníbal a finales del siglo III. A medida que los cartagineses fueron abriéndose camino hacia el sur tras el famoso paso de los Alpes, Campania se convirtió una vez más en uno de los principales escenarios de los combates: unas comunidades permanecieron leales a Roma, mientras que otras se pasaron al enemigo. Capua, al norte, fue una de las ciudades que hicieron defección, y fue a su vez sitiada y horriblemente castigada por los romanos. Por su parte, Nuceria, situada a pocos kilómetros de Pompeya, permaneció leal y fue destruida por Aníbal. Aunque es difícil que saliera completamente incólume debido a su emplazamiento en medio de esta zona de guerra, Pompeya no fue atacada y debió de ser el refugio más probable para muchos de los que se vieron desplazados y desposeídos como consecuencia del conflicto. Así se explicaría en parte el sorprendente crecimiento de las viviendas durante esta época y el auge del desarrollo urbano. En otras palabras, la ciudad salió inesperadamente beneficiada de uno de los momentos más difíciles de Roma.

Otra respuesta podría ser la progresiva expansión del imperialismo romano en Oriente y la riqueza que trajo consigo. Aunque los aliados de Roma no pudieran obrar por su cuenta en las guerras de conquista de los romanos, desde luego se llevaron parte de los beneficios. Éstos vendrían por un lado de los despojos y el botín conseguido en el campo de batalla, y por otro también de los lazos comerciales que fueron abriéndose con el Mediterráneo oriental y las nuevas vías de contacto con los conocimientos y las tradiciones artísticas y literarias del mundo griego (aparte de los que pudieran ofrecer ya las comunidades griegas que seguía habiendo en la región).

Al menos un objeto de relumbrón proveniente del pillaje, capturado cuando los romanos y sus aliados saquearon la ciudad griega de Corinto, fabulosamente rica, en 146 a. C., era exhibido, según parece, en Pompeya ante el templo de Apolo. No sé sabe con exactitud qué era (una estatua tal vez, o una pieza valiosa de metal), pero toda-

vía se conserva la inscripción en osco que conmemoraba su donación por el general romano Mumio. Más lejos de la ciudad, algunos nombres de familia atestiguados en Pompeya aparecen registrados también en ciertos grandes centros comerciales griegos, como, por ejemplo, la isla de Delos. Es imposible tener absoluta certeza de si alguno de los individuos en cuestión era realmente originario de Pompeya o no. No obstante, podemos comprobar claramente las repercusiones de ese tipo de contactos comerciales incluso en los elementos más cotidianos de (cuando menos) las élites pompeyanas. Tras recoger meticulosamente semillas y restos microscópicos de especias y otros artículos alimenticios, los arqueólogos encargados de estudiar un grupo de casas situadas cerca de la Puerta de Herculano han señalado que, a partir del siglo II, los habitantes del barrio disfrutaban de una dieta más variada, procedente de lugares muy lejanos, entre otras cosas de buenas dosis de pimienta y comino. Y aunque no pueda decirse que la Casa del Fauno era una vivienda típicamente pompeyana, sus múltiples mosaicos —especialmente el *tour de force* que supondría el Mosaico de Alejandro— dan testimonio del altísimo nivel de la cultura artística griega que podía encontrarse en la ciudad.

En resumen, la Pompeya del siglo II a. C. era una comunidad pujante y en plena expansión, que aprovechó muy bien sus relaciones con Roma. Pero a pesar de ser aliados, los pompeyanos no eran ciudadanos romanos. Para obtener los privilegios que conllevaba ese estatus y para hacer de su comunidad una ciudad verdaderamente romana, tendrían que recurrir a la guerra.

#### HACERSE ROMANOS

La llamada «guerra Social» estalló en 91 a. C., cuando un grupo de aliados italianos o *socii* (de ahí el nombre que se da al conflicto) se enfrentó a Roma. Pompeya fue uno de ellos. Ahora nos parece que fue un tipo de rebelión muy curiosa, pues, aunque los motivos de los aliados han sido estudiados hasta la saciedad, lo más probable es que recurrieran a la violencia no ya porque pretendieran volver la espalda

al mundo romano y liberarse de su dominación, sino porque estaban resentidos por no ser miembros de pleno derecho del club de Roma. En otras palabras, deseaban la ciudadanía romana, y la protección, el poder, la influencia y el derecho a votar en la propia Roma que semejante condición comportaba. Fue un conflicto notable por su brutalidad y, de hecho, dado que los romanos y los aliados estaban acostumbrados a pelear codo con codo, fue una guerra civil. Como era de prever, la enorme superioridad de fuerza de los romanos se llevó la victoria en un sentido, pero también los aliados se la llevaron en otro: consiguieron lo que querían. Algunas comunidades rebeldes fueron sobornadas de inmediato con la oferta de la ciudadanía. Pero incluso las que se mantuvieron firmes las consiguieron después de ser derrotadas en el campo de batalla. A partir de ese momento, por primera vez, más o menos toda la península Italiana pasó a ser romana en el sentido estricto del término.

En el transcurso de la guerra, Pompeya fue sitiada en el año 89 por el famoso general Lucio Cornelio Sila, que más tarde se convertiría —aunque por un breve período— en sanguinario dictador de la propia Roma (entre 82 y 81 puso precio a la cabeza de más de quinientos de sus adversarios más opulentos, que fueron brutalmente asesinados cuando no pudieron quitarse la vida ellos mismos). Y entre los soldados del ejército de Sila, según cuenta Plutarco, autor de su biografía, se encontraba el joven Marco Tulio Cicerón, que aún no había cumplido los veinte años y todavía estaba lejos de los triunfos retóricos en los tribunales de justicia de Roma que impulsarían su carrera política y se convertirían en «manuales de estudio obligado» de los oradores en ciernes y de los estudiantes de latín.

La obra de Sila en Pompeya todavía es visible en forma de las numerosas balas de plomo y bombas de *ballista* (el equivalente romano del cañón) que pueden observarse entre las ruinas, y en los múltiples pequeños agujeros perceptibles en las murallas de la ciudad, allí donde los disparos que presumiblemente pretendían destruir las defensas erraron el blanco, dejando una marca muy elocuente. Dentro de la ciudad, los edificios situados cerca de las murallas en la zona norte salieron particularmente mal parados. La Casa de las Vestales —así

llamada debido a la fabulosa idea dieciochesca de que era la residencia de un grupo de sacerdotisas, las «Vírgenes Vestales»— sufrió graves desperfectos, aunque sus acaudalados propietarios lograron sacar provecho del caos y la destrucción. Parece que después de la guerra se adueñaron de algunas fincas del vecindario y reconstruyeron su casa a una escala mucho mayor. Por una fatal coincidencia, la Casa de las Vestales fue víctima una vez más de la guerra casi dos mil años después, cuando fue alcanzada por las bombas de los Aliados en septiembre de 1943. Las excavaciones recuperan actualmente restos de metralla moderna junto con proyectiles de honda de época romana.

No sabemos con cuánta energía ni durante cuánto tiempo resistieron los pompeyanos el fuego de los romanos. Una serie de avisos en osco, pintados en las esquinas de las calles, tal vez nos den una pista de sus preparativos de cara al ataque. Habitualmente se ha pensado que datan de la época del asedio, y se han conservado bajo diversas capas de estuco de época posterior, que, al desprenderse, los han sacado de nuevo a la luz. Su traducción no es segura, ni mucho menos, pero es muy probable que sean instrucciones a los soldados defensores relativas a los lugares concretos en los que debían presentarse a la hora de pasar revista («Entre la duodécima torre y la Puerta de la Sal»), y al mando de quién estaban («Donde está al mando Matrio, hijo de Vibio»). De ser así, nos hablarían de un grado de organización bastante bueno, así como de una comunidad suficientemente culta como para utilizar instrucciones escritas en una situación de emergencia. Pompeya contó además con ayuda exterior. Un antiguo relato de la guerra Social cuenta cómo un general rebelde, Lucio Cluencio, acudió a liberar la ciudad. Durante las primeras escaramuzas, llegó a obtener alguna ventaja, pero entonces volvió Sila al combate y le infligió una derrota sin paliativos, obligando a su ejército a buscar refugio en la vecina fortaleza rebelde de Nola y matando a más de veinte mil soldados, según los cálculos antiguos (no necesariamente fiables). Pompeya debió de caer poco después.

Pompeya no recibió el cruel trato dispensado a otras ciudades aliadas tras su derrota. Pero menos de una década después de que acabara la guerra y de que los pompeyanos obtuvieran la ciudadanía

romana, Sila se vengó de otra manera. Como necesitaba tierras para establecer a sus soldados veteranos, de regreso a la patria tras largos años de servicio en la guerra en Grecia, decidió instalar a algunos de ellos en Pompeya (según los cálculos más conservadores unos dos mil hombres, con sus familias). Fue un incremento considerable y repentino de la población, que quizá supusiera un aumento del número de habitantes de casi el 50 por 100. Pero sus repercusiones serían incluso mayores. La ciudad se convirtió formalmente en «colonia» romana y en consecuencia su gobierno local fue reformado. Los magistrados elegidos anualmente recibieron nuevos nombres e indudablemente nuevas funciones. La vieja máxima autoridad osca, el *meddix tuticus*, fue sustituido por una pareja de magistrados llamados los *duoviri iure dicundo*, literalmente los «dos varones encargados de dictar la ley».

También fue cambiado el nombre de la ciudad con el fin de reflejar su nuevo estatus. Pompeya pasó a llamarse oficialmente *Colonia Cornelia Veneria Pompeiana*: *Cornelia* por el nombre de familia de Sila, Cornelio; y *Veneria*, por la divinidad protectora del dictador, la diosa Venus. En otras palabras, se convirtió en la «Colonia Cornelia Pompeyana, bajo la divina protección de Venus» (un nombre verdaderamente kilométrico, tanto en latín como en nuestra lengua). Como indica este título, la lengua oficial de la ciudad pasó a ser el latín, aunque en contextos privados parte de la población local —sin duda una minoría en constante retroceso— seguiría utilizando el osco hasta 79 d. C. Esa minoría habría estado capacitada para descifrar las antiguas inscripciones en osco que seguían viéndose por la localidad. Y en los últimos años de existencia de la ciudad, uno de sus miembros, presumiblemente un cliente, dejó su nombre escrito en una pared del Lupanar en los caracteres típicos del alfabeto osco.

Esos «colonos», como a menudo suele denominárseles ahora, cambiaron la fisonomía de Pompeya. Se levantaron cerca del Foro unas nuevas termas o baños públicos, y se llevaron a cabo obras de mejora en otras —incluida una nueva sauna—, sufragadas por dos de los primeros *duoviri*. Lo más espectacular fue la demolición de algunas

casas ya existentes y la construcción de un anfiteatro en el extremo sureste de la ciudad, el ejemplar de piedra más antiguo de este tipo de edificio que se conserva en todo el mundo. Se erigió, según proclaman las inscripciones colocadas sobre sus entradas principales, gracias a la generosidad de otra pareja de destacados advenedizos, que patrocinaron también —aunque no la pagaran de su bolsillo— la construcción de un teatro cubierto (u «Odeón», como a veces se denomina hoy día) completamente nuevo. Hay buenas razones para pensar que uno de esos próceres, Gayo Quincio Valgo, fue también un individuo que conocemos por su papel de comparsa en la literatura latina: «Valgo», suegro de un tal Publio Servilio Rulo, cuyo intento de llevar a cabo repartos de tierras entre los pobres de Roma fue blanco de la invectiva de Cicerón en sus tres discursos *Contra Rulo*. De ser así, y si podemos creernos la mitad de lo que dice Cicerón de él, el hombre que financió la construcción del Anfiteatro de Pompeya no fue (o no sólo fue) un benefactor altruista de su comunidad local, sino auténtico sinvergüenza, que había hecho su agosto gracias al reinado de terror de Sila en Roma.

No está muy claro dónde estableció su residencia esta nueva oleada de habitantes de la ciudad. A falta de signos visibles de la existencia de un «barrio de los colonos» dentro de la población, recientemente se ha propuesto la idea de que la mayoría de ellos tenían sus casas y sus tierras, ya fueran pequeñas fincas o grandes villas, en las zonas rurales circundantes. Se trata de una solución muy práctica, aunque sólo sea parcial, a un problema muy incómodo. Algunos colonos debían de vivir dentro del recinto amurallado. Buenas candidatas a ser propiedad de los más ricos, aunque no desde luego de los soldados rasos, son las casas construidas en el sector de la ciudad que daba al mar (la Casa del Brazalete de Oro y sus vecinas). Estas viviendas se hallaban situadas directamente encima de las murallas, que habían dejado de ser una necesidad estratégica, una vez que Pompeya había pasado a formar parte de una Italia romana supuestamente pacífica, y eran edificios de varios pisos, construidos en un terreno que bajaba en abrupto declive hacia el mar; en algunos casos tenían una superficie total no mucho menor que la de la Casa del



FIGURA 15. Situada en el extremo occidental de la ciudad, encima de la antigua muralla, la Casa de Fabio Rufo gozaba de unas envidiables vistas al mar. Fue diseñada para aprovechar al máximo esta circunstancia, con grandes ventanales y terrazas.

Fauno. Magníficas habitaciones, provistas de grandes ventanas y terrazas, daban a la que por entonces debía de ser una playa espectacular y una espléndida vista del mar (fig. 15). Por desgracia estas casas no están habitualmente abiertas a los turistas, pues con sus distintos niveles, sus escaleras y pasillos laberínticos, por no hablar de sus vistas panorámicas (¿quién dijo que a los romanos no les importaban los escenarios?), ofrecen una espectacular alternativa a la imagen habitual de casa romana. Debían de estar entre los inmuebles más elegantes de la ciudad.

En cierto sentido, la llegada de la colonia simplemente aceleró un proceso de «romanización» que ya estaba en marcha en la ciudad. Al fin y al cabo, a menos que ese mosaico en particular fuera un añadido de época posterior, el propietario de la Casa del Fauno había decidido dar la bienvenida a sus visitantes en latín (*HAVE*) ya en el siglo II a. C. Y parte de la oleada de edificios públicos de comienzos

del siglo I quizá fuera en realidad anterior a la llegada de los colonos, y no iniciativa suya (como a menudo se ha supuesto). Lo cierto es que, a menos que tengamos una prueba segura en forma de inscripción, resulta muy difícil precisar la fecha de esos edificios, antes o después de la fundación de la colonia. El argumento a favor de hacerlos obra de los colonos es casi enteramente un círculo vicioso (los colonos fueron constructores furibundos; todos los edificios de comienzos del siglo I a. C. son por tanto obra de los colonos; esto a su vez demuestra que los colonos fueron unos constructores furibundos), aunque no tenga por qué ser necesariamente erróneo. Todavía se discute, por ejemplo, si el Templo de Júpiter, Juno y Minerva que domina uno de los extremos del Foro fue una fundación colonial (un arqueólogo ha postulado recientemente que la unidad de medida empleada en él es, al parecer, el «pie romano», lo que indicaría que es una construcción romana), o si era un templo de época anterior dedicado sólo a Júpiter, y luego adaptado a la tríada de divinidades típicamente romana. En la Pompeya «prerromana» se dio ya una buena dosis de «autorromanización», cosa que no es de extrañar teniendo en cuenta la creciente influencia de Roma.

No obstante, por muy verdad que sea, esa imagen suele minimizar el grado de conflicto existente durante los primeros años de la colonia entre los advenedizos romanos y los habitantes oscos de la ciudad. Indudablemente se trataba en parte de un choque cultural; aunque sospecho que la tesis sostenida por algunos historiadores modernos, según los cuales los sofisticados pompeyanos, tan amantes del teatro, encontraban a los toscos veteranos y su afición al anfiteatro difíciles de digerir, es injusta con los veteranos y excesivamente generosa con los pompeyanos. Parece más bien que los recién llegados, al menos durante algún tiempo, se hicieron con el control político cotidiano de la ciudad, con exclusión de sus antiguos habitantes.

Hay indicios de esa exclusión en el propio yacimiento. Entre los nombres de los magistrados electos de la ciudad que se conservan de las primeras décadas de vida de la colonia no aparece ninguno de los nombres de familia oscos tradicionales, sino sólo nombres sólidamente romanos. Y la inscripción que conmemora la edificación del

nuevo anfiteatro proclama que Valgo y su co-benefactor lo donaron «a los colonos». Por supuesto el término «los colonos» incluiría técnicamente a todos los habitantes de la que para entonces se llamaba oficialmente *Colonia Cornelia Veneria Pompeiana*. Pero por muy correcta que fuera técnicamente, cuesta trabajo imaginar que semejante denominación sonara muy inclusiva a las antiguas familias de la ciudad. Y de hecho la idea de que en el habla popular «los colonos» y «los pompeyanos» eran tratados como dos grupos distintos y rivales de la ciudad se ve confirmada por un discurso de Cicerón pronunciado en Roma en 62 a. C.

Cicerón defendía en él a Publio Sila, sobrino del dictador, de la acusación de haber sido cómplice de Lucio Sergio Catilina, un aristócrata cargado de deudas y revolucionario fracasado, que había muerto a comienzos de ese mismo año en su intento frustrado de derrocar al gobierno de Roma. Veinte años antes, el joven Sila había sido el hombre encargado sobre el terreno de establecer la colonia de Pompeya. En un momento determinado —en respuesta al argumento, no del todo inadmisibles, de que Sila había arrastrado a los pompeyanos a participar en la conjura de Catilina—, Cicerón propina a su audiencia romana una lección sobre política local de Pompeya. Se trata de una defensa sospechosamente torticera, que se centra en las disputas existentes en la ciudad entre los «colonos» y los «pompeyanos». Dichas disputas han quedado solventadas, afirma el orador, gracias en parte (créase o no) a la intervención del propio Sila; y los dos grupos —que siguen actuando por separado, nótese bien— han enviado sendas delegaciones a Roma en apoyo de Sila. ¿Pero de qué trataban esas disputas? Cicerón habla vagamente de las quejas de los pompeyanos por «sus votos» y por la *ambulatio*, palabra latina que puede significar cualquier cosa, desde «paseo» hasta «lugar destinado al paseo», es decir «pórtico».

Resulta bastante fácil entender de qué habrían ido las discusiones por los «votos». Sumemos esta alusión a la ausencia de nombres locales entre los primeros magistrados de la colonia y quedará claro en apariencia que las nuevas disposiciones políticas supusieron de algún modo una desventaja para los antiguos habitantes de la ciudad.